

J. R. McNEILL, y W. H. McNEILL, *Las redes humanas. Una historia global del Mundo*. Barcelona, Crítica, 2004, 409 pp.

Nos encontramos ante un gran libro de historia, en el más clásico sentido de la palabra, caracterizado por una gran amplitud de miras y una notable modernidad en la temática y en las fuentes utilizadas. Por ende, es también un libro muy bien escrito y, por tanto, agradable de leer. Son éstas tres características que podrían hacer de él todo un manual de la Historia universal para la próxima generación de estudiantes, sin más prevención que, al ser su estilo puntillista y en ocasiones muy detallado, requiere, como poco, un lector culto y bien formado para apreciarlo en toda su extensión.

La oportunidad de comentarlo me invita a invertir el orden habitual de mis reseñas —normalmente el libro, la crítica y el autor— y a centrarme en los autores, cuyas lecturas e inquietudes intelectuales a lo largo de más de cincuenta años caracterizan tanto el diseño general de la obra como la mayoría de sus detalles. Es cierto que el aserto anterior se podría aplicar casi a cualquier reseña imaginable —¿qué autor, realmente, podría despojarse de sus inquietudes y conocimientos anteriores para comenzar a escribir una obra completamente nueva?—, pero, en el caso que nos ocupa, nos permite subrayar que nos encontramos ante un gran proyecto vital e intelectual, innovador aunque perfectamente integrado ya, que articula armónicamente las ideas y las lecturas de dos historiadores cuyas vidas cubren no una sino dos generaciones, sucesivas y complementarias. La experiencia y las temáticas particulares tratadas por los autores en obras anteriores encuentran en ésta un marco general que las integra en una panorámica general y coherente de la historia humana a escala planetaria. Y, puestos a modificar el canon habitual en la reseña, introduciré otro cambio y sustituiré la crítica de la obra por unos comentarios lingüísticos referentes a la traducción que son, a mi modo de ver, de interés general.

Los autores son especialistas consagrados desde hace muchos años. William Hardy McNeill (n. 1917 y ahora profesor emérito de la Universidad de Chicago) es conocido tanto por sus obras de síntesis histórica (varios libros, entre los que se incluye la muchas veces reeditada *History of Western Civilization: a Handbook*, cuya versión original es de 1963) como por sus investigaciones sobre las relaciones entre los aliados durante la Guerra Mundial (1970), particularmente en los Balcanes, la guerra y la historia militar, las grandes civilizaciones del Planeta y sus relaciones respectivas durante la Edad Moderna, la demografía, la danza y la historia ecológica, además de una buena serie de escritos sobre historiografía e historiadores, a menudo plasmada en su colaboración en la *New York Review of Books*. Por su parte, John Robert McNeill (n. 1954 y profesor en la Universidad de Georgetown) comenzó estudiando temas de historia comercial del siglo XVIII, para ocuparse después del impacto de la expansión europea sobre las sociedades primitivas y de la historia de la ecología en su sentido más amplio y preciso. En esta

materia, precisamente, es bien conocido en España por la traducción reciente de su *Historia medioambiental del siglo XX*. A la estrecha interacción previa de los trabajos de ambos autores se sigue aquí una íntima combinación de sus temáticas y puntos de vista, un valor a menudo ausente en las obras redactadas en colaboración. Innovadores aún, pero ya maduros, dichos temas constituyen una de las riquezas fundamentales de la obra. Ante todo por una visión que se manifiesta global y que, pese a deficiencias en la investigación de base sobre algunos continentes, se puede decir que queda claramente lograda. No sólo las grandes civilizaciones extraeuropeas se ven llamadas a participar en el gran coro de la historia de la humanidad en pie de igualdad con Europa, sino que incluso continentes “inciviles” como Australia o los archipiélagos del Pacífico encuentran su lugar en la partitura. Una partitura que resulta chocante para el lector occidental, familiarizado con los protagonistas de la propia historia clásica, aquí eclipsados para dar entrada, con voluntad paritaria, por los protagonistas, menos familiares, de la historia de otros pueblos. En el libro, la experiencia de cinco décadas describiendo la historia mundial de McNeill padre, se asocia a la visión global y medioambiental de McNeill hijo para trazar un panorama universal, puntillista como ya se ha dicho, pero correctamente medido y proporcionado. Se puede decir que el mapa de la historia de la humanidad adquiere así un perfil riguroso y científico en el mismo sentido en que las proyecciones cartográficas modernas superaron a los viejos y prácticos portulanos. Y es que los huecos en la investigación de base sobre ciertos países y aún continentes enteros se ven en parte suplidos por una visión “cartográfica” y naturalista del problema y, si no permiten rellenarlos de forma apriorística, como en los mapas de África de hace ciento cincuenta años, su carácter y dimensión quedan al menos claramente en evidencia.

Así reescrita, la historia de la Humanidad comienza con una breve introducción –en realidad brevísima– sobre el concepto de redes (*webs*) y su interés analítico para la historiografía general cuya misma brevedad invita a matizar la propuesta. Definido el término como «una serie de conexiones que ponen a unas personas en relación con otras», no pasa de ser una amplia metáfora de ambición tal vez excesiva. En la medida en que pretende describirlo todo, pierde el rigor analítico que algunos esperamos de dicho instrumento conceptual. No pierde, en cambio, la fuerza descriptiva, sino todo lo contrario, pero a la postre el proyecto conduce a un esquema general que sólo es formalmente diferente de los habituales salvo por la incorporación de nuevas temáticas. Si el lector compara el texto con los de Donald G. Snooks (*The Dynamic Society*, 1996) o Michael Mann (*Sources of Social Power*, 1986), apreciará el correcto sentido de mis palabras sobre el rigor del planteamiento analítico. El resto del libro está concebido en términos cronológicos más que funcionales, con una breve introducción sobre la formación del género humano («el aprendizaje humano» tiene como rúbrica); le sigue un breve estudio de las diferentes revoluciones neolíticas y sus implicaciones evolutivas respectivas, y una detallada descripción de las grandes civilizaciones originadas en la Edad del Bronce, que ocupa la mayor parte de la obra. El crecimiento y la creciente interacción entre tales civilizaciones en una «red del Viejo Mundo» –las latitudes medias euroasiáticas, desde el Pacífico al Atlántico– es el argumento central de un proceso que, con cambios y desequilibrios más o menos duraderos y significativos, sigue operando aún en nuestros días. Los protagonistas son los grandes Imperios de la era premoderna, sus ciudades, sus ideologías (religiones) y sus instrumentos de cohesión social. Todo ello aparece impulsado

por un proceso general y sostenido a largo plazo de crecimiento en escala y diversificación, que en realidad yo interpreto como la lenta y complicada formación de esa ingente «red de redes» que es la moderna sociedad de mercado global, temática y cronología que en el libro ocupa los tres últimos pero breves capítulos.

Dije al principio que sustituiría la crítica del libro por un comentario en torno a la traducción y me centraré en el término «red», en línea con lo expresado en el párrafo anterior. Me centraré en el título mismo de la obra, que en inglés es *The Human Web. A Bird's-Eye View of World History*. Vaya por delante el hecho de que la traducción de *Web* por *Red* es al menos correcta, y que responde a una práctica ya habitual en nuestro país. Probablemente, una traducción alternativa más precisa –algo así como *El tejido humano* o *La Red social*– hubiera resultado menos atractiva e inducido otro tipo de connotaciones y, por tanto, de expectativas erróneas entre los posibles lectores. Por tanto, si el título de una obra es el anzuelo que lanza el editor para llegar a los lectores, el de nuestro libro debe juzgarse como perfectamente acertado y lleno de intención, lo que queda de manifiesto al sustituir también lo de “a vista de pájaro” por “historia global”. No obstante, al optar por colocar la red en la cabecera del texto, el traductor (Jordi Beltrán Ferrer, experto y bien conocido por sus versiones de Patricia Highsmith, Gabriel Jackson y tantos otros) inevitablemente sesga el término e induce a error al aspirante a lector, mucho más si, como es el caso, lo usa en plural. En la terminología científica, los términos red (*network*) y tela, tejido o trama (*web*) no son sinónimos, y deberíamos hacer ya un esfuerzo para redefinirlos con toda precisión. A mi modo de ver, el primero tiene un sentido más preciso y especializado –vg. *social networks*–, particularmente en determinadas disciplinas que van desde la ingeniería electrónica a la sociología, pasando por la logística, las infraestructuras o la informática. El segundo es más vago, impreciso y globalizador. Más metafórico y abierto. Otra cosa es que en español ambos términos hayan tendido a identificarse, probablemente por simples razones estilísticas. Tiene pues claro sentido que los autores hayan optado por *web* –término más amplio e impreciso– y no por *network*, prácticamente ausente del texto original. En la obra, este último sentido puede aplicarse estrictamente en escasos puntos, en particular a las redes comerciales y de transportes, cuya expansión y estructura constituyen uno de los argumentos centrales del libro. Pero, por lo general, el sentido adecuado del término es el otro, y se aplica más bien al tejido social, a la trama cultural, a los contactos difusos entre civilizaciones y otros varios argumentos. En realidad, el libro es mucho más que un estudio de las redes, pero también y en varios sentidos, mucho menos. Especialmente en lo que a precisión y a expectativas analíticas de refiere. Reconoceré que, cuando empecé a leerlo, esta cuestión terminológica me produjo intenso desagrado y que tardé en apreciar el libro en toda su extensión, por la simplicísima razón de que esperaba otra cosa. Afortunadamente, la sensación no duró mucho y, una vez recolocadas las expectativas iniciales, el libro asumió su perfil correcto como una gran síntesis histórica, vivaz en sus detalles y de gran rigor en sus proporciones y diseño general, motivos por los que sin duda tendrá un peso notable a la hora de configurar el marco intelectual de la próxima generación.

Aparte de esta cuestión central, la traducción encierra algunos otros aspectos criticables que a mi modo de ver dificultan no poco la lectura. Por ejemplo, la “red del Mundo Antiguo” –que aparece una y otra vez y que obliga a preguntarse si se refiere a la

Antigüedad como etapa histórica en su conjunto— responde en realidad a la “red del Viejo Mundo” (Eurasia). Es éste un problema que tiende a generalizarse a falta de una revisión estilística detallada de las recientes traducciones del inglés; los traductores buscan a menudo una traducción directa, de nueva planta, y obvian el hecho de que ya existía una traducción aceptada en español, a menudo de tradición afrancesada. Creo necesaria una revisión crítica de las nuevas y las viejas traducciones para recuperar todo lo que pueda ser aún válido de aquellas y mantenerlas o revisarlas con sólidas razones.

No se trata, claro está, de un libro de historia económica, aunque la historia económica —interfaz entre las sociedades humanas y el entorno natural—, sea un pilar fundamental del mismo. Pero es sin duda mucho más que eso, y no será su valor menor la forma en que invita a ampliar el marco y el concepto de nuestra disciplina y a redefinir tanto su temática como los términos del análisis o el terreno a abarcar en futuros estudios. Sí que es, por tanto, una lectura obligada para los historiadores económicos, y muy probablemente un instrumento de gran interés para cursos futuros de la materia.

GREGORIO NÚÑEZ